

El frente único, los estalinianos y las alianzas obreras

Emilio Ruiz
Agosto de 1934

(Tomado de *Revista COMUNISMO (1931-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 319-325; publicado en *Comunismo*, número 37, agosto de 1934)

Piatnitski, en la XIII sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la internacional estaliniana, refiriéndose al PC francés, dijo: “A últimos de 1932 y a primeros de 1933, el CC del PC francés ha cometido graves errores oportunistas en la aplicación del frente único. Durante tres meses los dirigentes del PC de Francia no han hecho más que negociar con el partido socialista las condiciones en que podían ser organizadas la discusión y el examen de la cuestión de la unidad en general. Aceptando una después de otra las condiciones presentadas por el PS francés, incluso la relativa a la obligación recíproca de evitar toda clase de acusaciones y de injurias..., habían llegado al acuerdo de que las sesiones debían dar la impresión de un respeto y de una disciplina recíprocos.” Y más adelante, decía en el mismo informe: “Se terminaron (estas gestiones) después de una intervención del Comité Ejecutivo de la IC.”

La declaración no puede ser más terminante. La IC prohibió que su sección francesa, a primeros de 1933, siguiera las negociaciones con el partido socialista para tratar del frente único. Sin embargo, hemos visto cómo recientemente estas gestiones se han reanudado y se ha llegado incluso a la firma de un pacto. ¿A qué puede haber obedecido semejante cambio radical de conducta? No es un secreto para nadie, incluso ni para la socialdemocracia, que conociendo los móviles se siente más ultimata con respecto a los estalinianos en sus gestiones para el frente único.

Dos razones han movido al estalinismo a este nuevo viraje: primero, el intento de lograr que los partidos socialistas apoyen a la Unión Soviética en su política exterior, aun a trueque de vender las secciones estalinianas a precios de liquidación; segundo, la descomposición de la internacional y el enflaquecimiento alarmante de todas sus secciones.

La Unión Soviética entra cada vez más en el “concierto de naciones” europeas al lado de un grupo de países, es decir, al lado de las naciones que dirige Francia. Los acuerdos establecidos con la república francesa, el viaje de Herriot a Moscú, la visita de la aviación francesa a Rusia y de la rusa a Francia, el pacto del Locarno oriental, son hechos que, sin lugar a dudas, demuestran la *política internacional* que actualmente lleva a cabo Rusia. Para poder asegurarse su ejecución, la burocracia estaliniana soviética precisa de la colaboración de los partidos socialistas. De ahí toda su actual política de aproximación a la socialdemocracia, y principalmente a la de aquellos países, como Francia en que la burguesía está ligada a Rusia mediante pactos.

Después de la derrota alemana, de la inexistencia del PC austríaco en la insurrección de febrero, de la escisión de Doriot en Francia¹, del debilitamiento de todas las secciones, la internacional estaliniana, antes de quedarse en cuadro, ha intentado la desesperada táctica de rectificar su conducta para conseguir una beligerancia en el

¹ Jacques Doriot, que había sido delegado de la IC en España a mediados de los años veinte, fue excluido del PCF el 27 de junio de 1934. Con su grupo estuvo en relaciones con el Buró de Londres. Dos años más tarde fundaría el Partido Popular Francés, definido como socialista, antisemita, nacional y profundamente anticomunista.

movimiento obrero; no porque éste le interese desde el punto de vista revolucionario, sino desde el de la defensa de la política nacionalista de la URSS.

Y así sucede que el viraje donde primero se ha llevado a cabo ha sido precisamente en Francia, o sea el país en que son más inmediatos los intereses políticos de la burocracia soviética. Fieles intérpretes de estas aspiraciones de la burocracia rusa, los burócratas estalinianos franceses se han dispuesto en seguida a servir sus intereses de casta. Maurice Thorez, en la Conferencia de Ivry del PC francés, ha lanzado la fórmula: “Nosotros amamos a nuestra patria”. Ante el revuelo levantado por la frase, desde las columnas de “L’Humanité” se creyó oportuno rectificar la expresión, dejándola reducida a: “Nosotros amamos nuestro país”. Lo mismo que en el pasado el programa de “liberación nacional y social” del PC alemán era un reflejo de la política del “socialismo en un solo país”, esta expresión de Thorez es el indicio de hasta dónde puede conducir la política de pactos de la Unión Soviética.

¿Hasta dónde puede llegar la actual política de frente único? Pues, sencillamente, hasta la unidad orgánica de la clase obrera. El estalinismo no se para en barras. Emprendido el camino del oportunismo, no vacilará en llegar hasta el final del camino. La idea de la unidad orgánica es ya incluso alentada por los dirigentes estalinianos franceses. En las conversaciones celebradas con los delegados socialistas, el propio Thorez, el hombre de máxima confianza en Francia, ha dicho: “Tengo el sentimiento de que estamos en camino para realizar el acuerdo que desean a la vez, indudablemente, los obreros comunistas y socialistas. Y quiero comenzar por donde Blum ha terminado. Nosotros también tenemos el sentimiento que, de comenzar la acción común, incluso para fines limitados, conducirá a la unidad total de la clase obrera.” Es decir, nos encontramos con que ya el estalinismo no sólo rectifica su táctica con respecto al frente único, como pedíamos los trotskistas, sino que hasta habla como la cosa más natural del mundo de la posibilidad de la unidad orgánica con la socialdemocracia.

Es sabido que incluso el frente único no puede resultar eficaz si no es a cambio de la independencia política del partido revolucionario. Hablar de unidad orgánica es pasar sin más ni más la esponja a toda la política del movimiento obrero desde 1914 e hipotecar el porvenir revolucionario del proletariado. Defender la unidad orgánica después de la ruptura organizativa con la socialdemocracia, supone someter a la tendencia reformista el curso del movimiento obrero. Semejante política nada tiene de común con el bolchevismo, y siempre nos alzaremos contra ella, defiéndala quien la defienda, por muy próximo que a nosotros se encontrara.

Al proletariado, al que políticamente pretende dirigir el partido estaliniano, se le deben explicaciones cuando se rectifica una conducta pasada. Asistimos al sorprendente fenómeno de que sin transición alguna la prensa estaliniana europea ha pasado de emplear a todas horas y en todas circunstancias el término “socialfascistas”, a dirigirse con las palabras “camaradas socialistas” a los socialdemócratas. De hace un mes a esta parte, ni una sola vez se encuentra en cualquier periódico estaliniano la palabra socialfascista o socialfascismo.

Sin embargo, no se trataba de simples palabras más o menos felices, sino de una “teoría”. El “brazo de hierro de la revolución mundial”, “el más genial de los teóricos después de Marx y Lenin”, había expresado esta “teoría” en la siguiente forma: “El fascismo es la organización de combate de la burguesía que se apoya en la ayuda activa de la socialdemocracia. La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo”, y “el fascismo y la socialdemocracia no son enemigos, sino hermanos gemelos”. Nosotros, a su tiempo y a través de toda su aplicación, nos habíamos alzado contra semejante disparate político, fruto de la más desenfrenada irresponsabilidad, que tenía por resultado aislar a los comunistas de las masas socialdemócratas. Por ello nos

hicimos acreedores a la siguiente definición sobre nuestro papel: “Los trotskystas, aliados del socialfascismo en la campaña de acusaciones calumniosas, son agentes de la burguesía y aliados del fascismo.”

Repentinamente nos encontramos que, sin una declaración previa del pasado error, no sólo se prescinde del calificativo socialfascista en la prensa estaliniana, sino que se recurre “al ala moderada del fascismo” para... combatir el fascismo. Se declara que sin el frente único de los partidos socialistas (antiguos socialfascistas) y los comunistas no es posible derrotar al fascismo, o sea a la tendencia política de la cual la socialdemocracia es el ala moderada. Y se trata de reforzar el frente único obrero antifascista consiguiendo la adhesión del hermano gemelo del fascismo. Semejante galimatías sería imposible de comprender si no fuera porque estamos ya acostumbrados a toda la bazofia política que nos sirve el estalinismo.

Prácticamente ya sabemos que en lo sucesivo no existen socialfascistas, sino “camaradas socialistas”. De ahora en adelante los únicos socialfascistas seremos los trotskystas, que, por no ser una fuerza numérica considerable, no hay interés en atraer para la defensa de la política exterior de la Unión Soviética. La nueva consigna está dada: ternura para la socialdemocracia (los socialfascistas de ayer) y odio implacable contra los trotskystas. Y esto al mismo tiempo que de una manera práctica no se rectifica el pasado y que a los trotskystas se les cubre de calumnias por haber combatido lo que hoy precisamente se corrige.

Como consecuencia de esta concepción, y en esto era en lo único en que procedía lógicamente, de ninguna manera podían aceptar el entenderse para el frente único con los “agentes del fascismo” en el movimiento obrero. A la consigna de frente único de organización a organización, el estalinismo oponía el frente único “por abajo”. Principalmente desde los últimos cinco años, nuestra organización internacional no ha dejado de señalar ni un solo día el disparate de semejante fórmula, y sólo obteníamos como resultado el que se nos dirigieran los más feroces calificativos. De que la táctica del frente único “por abajo” haya obtenido resultado, no se puede ofrecer ningún caso práctico como ejemplo. Se ha visto que cuando el estalinismo hablaba de una manera más incesante de los resultados que obtenía el frente único “por abajo”, al llegar el verdadero momento de prueba, éste se revelaba como una falacia más del estalinismo. El caso alemán fue el más significativo a este respecto. Dos días antes de la subida de Hitler, según toda la prensa estaliniana, las masas socialistas seguían al PC. Después de la subida de Hitler, se explicaba la derrota diciendo que las masas seguían a la socialdemocracia. Y así en todo.

El partido comunista francés, en las negociaciones llevadas a cabo con los representantes del partido socialista, ha realizado el máximo de concesiones. El antiguo criterio ultimatista lo han dejado arrinconado. Nada se habló, ni siquiera llegó a plantearlo la delegación estaliniana, de los comités de fábrica y taller elegidos democráticamente como órganos del frente único. El pacto se reduce sencillamente a un acuerdo establecido entre los jefes de estas dos fracciones del proletariado galo para la celebración de mítines y manifestaciones en toda Francia. No tiene ni más ni menos alcance. Eso sí, el estalinismo se compromete en absoluto a renunciar a la crítica.

Las condiciones del pacto han sido precisamente las que la Comisión Administrativa del partido socialista ha querido establecer. El partido comunista ha aceptado todas, y hubiera aceptado otras peores incluso. Por las declaraciones de todos sus dirigentes se veía de una manera evidente que tenían instrucciones de llegar a un acuerdo a toda costa y que esto era lo que únicamente les importaba.

Después de los estalinianos franceses, los españoles siguieron inmediatamente su ejemplo. El procedimiento fue la carta abierta habitual. Pero esta vez halló eco, porque

estaba escrita precisamente para que surtiera efectos prácticos, y no meramente para los efectos de publicarla en las columnas de su órgano y clamar después que los demás no querían el frente único. Un furor unitario siguió a este primer acto. Desde hace días las palabras unidad y unión se componen en serie en las linotipias de la imprenta de “Mundo Obrero”. *Unité partout*, que dicen sus colegas franceses; unidad a todo trapo, que decimos los españoles. Pero en España existían, como embrión de frente único, las Alianzas Obreras, y con ello ha tenido que enfrentarse el partido estaliniano español, para el cual lo sucedido en Francia de un pacto sólo entre comunistas oficiales y socialistas sería el ideal, aunque el pacto en sí fuera más reaccionario el que sirve de norma a las alianzas.

El estalinismo en España, para laborar por el frente único, plantea como cuestión previa el acabar inmediatamente con el único intento de verdadero de frente único que hasta ahora existe: las Alianzas Obreras. Para ellos este comienzo de frente único debe ser disuelto, y, mientras tanto, emprender la ofensiva contra las alianzas. Claro está, hay que hacerlo constar, que ahora públicamente se han suavizado las infamias que a propósito de dichas organizaciones ha venido lanzando el partido estaliniano desde su creación. Lejos están ahora de calificarlas en su prensa de “instrumentos policíacos”, como todavía hace pocas semanas las denominaban. Al presente su ataque contra las alianzas se ha suavizado.

Aun con la mejor voluntad del mundo, es imposible hallar en todo lo que “Mundo Obrero” viene aduciendo contra las alianzas la menor sombra de argumentación seria. Las frases fuertes contra dichos organismos no ocultan ninguna crítica fundamental, principalmente en lo que concierne a si las alianzas son o no instrumentos de frente único, con toda una serie de defectos que somos los primeros en reconocer, pero defectos perfectamente corregibles, sobre todo si se labora desde el interior de ellos por enmendarlos. En la busca y rebusca de críticas que formular contra las alianzas, el estalinismo no aduce nunca aquellas que son justas y que nosotros, desde nuestra prensa, venimos exponiendo y nuestros representantes planteando en el seno de las mismas. Pero es que para la formulación de semejantes críticas lo primero que se precisa es pertenecer y desde ellas laborar por su perfeccionamiento.

Los trabajadores militantes del movimiento político obrero han comprendido, sin embargo, la verdadera razón por la cual el estalinismo español descarta a las Alianzas Obreras de toda posibilidad de frente único. La razón es sencilla: La presencia en las mismas de nuestra organización. No hay otra, ni puede haberla. Si las alianzas tuvieran la misma composición que las actuales, pero con la única diferencia de que nosotros no formáramos parte, el partido estaliniano no tendría seguramente observación que hacer, y simplemente se hubiera incorporado a ellas. El temor que les inspiran nuestras ideas, nuestra crítica, no es comparable a nada. Saben que nuestra fuerza numérica es escasa porque todos los grandes movimientos históricos tropiezan en sus comienzos con la incomprensión; pero saben que ninguna corriente obrera mina su fuerza tan segura y tenazmente como nuestra organización. Transigirán con los socialfascistas de ayer, con los anarquistas y hasta con los republicanos, pero jamás con los “trotskystas”.

Las alianzas surgieron a raíz de las elecciones generales de noviembre como consecuencia de la necesidad que inmediatamente sintió la clase obrera de ofrecer un bloque compacto a la reacción. Surgieron también porque las minorías que las integran quisieron someter a un acuerdo concreto las declaraciones que los más caracterizados elementos socialistas hacían en torno al frente único. Ante aquella aparente rectificación de conducta del socialismo, las minorías obreras que integran las alianzas se plantearon la cuestión de obligar en el terreno de los hechos al partido socialista a ser consecuente con sus declaraciones de unidad. ¿Cuál fue, por el contrario, la actitud del estalinismo? En lugar de como hubiera hecho un partido revolucionario: tomar ventaja de lo que de

positivo pudiera haber en las declaraciones socialistas, se desató en una de las campañas de maniobras y calumnias más desenfundadas. Con ello no hizo más que dar una argumentación a los enemigos del frente único.

Persistiendo en su línea de conducta, distintas organizaciones obreras firmaron acuerdos comprometiéndose a acciones comunes. Reiteradamente se invitó a participar en las alianzas al partido estaliniano. Por toda contestación repetía incesantemente su táctica de frente único “por abajo”, al mismo tiempo que en panfletos y artículos se desataba en calumnias infames contra los organismos creados.

Repentinamente, nos encontramos con un viraje. Las causas a que antes nos hemos referido obligan internacionalmente al estalinismo, para no perecer, a cambiar sus antiguas concepciones. ¿Y cuál es entonces su propuesta? Establecer un pacto limitado al partido socialista y a ellos y prescindir de todas las demás organizaciones que se han mantenido lealmente hasta ahora al pacto suscrito. Tan bajo concepto tienen de sus deberes y compromisos que creen a los demás capaces de faltar a ellos. ¿Es que es posible concebir que ni una sola de las organizaciones acceda a que se prescinda de las demás? La aspiración unánime es que la CNT se incorpore a las alianzas. No sería de extrañar que, dado el criterio ultimata de los faístas, éstos, ante un acuerdo de incorporación, planteasen como cuestión previa la eliminación de la Federación Sindicalista Libertaria (treintistas). A ninguna organización la creemos capaz de transigir con semejante demanda. De nosotros podemos decir que de ninguna manera transigiríamos, porque a través de toda la actuación de las alianzas hemos visto que los camaradas sindicalistas libertarios son los que de una manera más consecuente y sincera han defendido en todo momento el frente único.

El dilema para el estalinismo es bien concreto y claro: o se incorpora a las alianzas o queda al margen del movimiento de frente único, que cada vez adquirirá en España un mayor volumen. Conocemos cómo se procede en Moscú y cómo se acatan las órdenes procedentes de allí por los equipos de aventureros de los demás países. La burocracia soviética está dispuesta en la actualidad a llevar a cabo su política de alianzas a toda costa, y para ello una de las condiciones es atraerse la simpatía activa de la socialdemocracia internacional. Eventualmente, cubriendo las formas de momento, los dirigentes españoles terminarán por transigir si, al propio tiempo, las alianzas dan muestras de una intensa actividad. Ya se ha corregido en la prensa estaliniana el tono con respecto a las alianzas. Últimamente las críticas quedan reducidas casi a señalar la falta de democracia. (Esto sí que es mentar la soga en casa del ahorcado. ¿En qué congreso, en qué votación, han sido elegidos por la base del partido los dirigentes adultos y jóvenes? Porque no creemos que Medina se llame democracia.)

El que nosotros defendamos intransigentemente el principio orgánico de las alianzas no quiere, de ninguna manera, decir que estemos en absoluto conformes con su actuación actual, e incluso con el cometido que se les asigna, a pesar de que no se derive el mismo de los acuerdos establecidos y firmados por las partes. Las alianzas se resienten, en primer lugar, por una falta de actividad completa. Los trabajadores que en las últimas semanas vienen oyendo hablar reiteradamente de las alianzas habrán llegado seguramente a preguntarse: Pero, ¿qué opinan las alianzas sobre lo que se dice acerca de ellas? Porque la verdad es que las alianzas no tienen hasta ahora vida efectiva.

Incluso con asombro hemos venido leyendo la misión que las juventudes socialistas asignan a las alianzas. Y repetidas veces hemos llegado a preguntarnos: ¿Lo que aducen los jóvenes socialistas está inspirado en simples necesidades polémicas o en un criterio que estén dispuestos a defender consecuentemente? Porque lo cierto es que nosotros, miembros integrantes de las alianzas, no tenemos motivo alguno para juzgar en

el terreno de los hechos que, efectivamente, los socialistas estén dispuestos a realizar en las alianzas las tareas que ellos les asignan.

En primer lugar, ¿cómo es posible que las alianzas tengan ese alcance y que sistemáticamente el partido socialista se haya negado a darles un carácter nacional? En segundo lugar, ¿cómo es posible que los jóvenes socialistas hablen de las milicias de las alianzas y que sus representantes se nieguen tercamente a la creación de las mismas siempre que nuestros representantes, con no menor tenacidad, lo han planteado?

No es posible jugar al equívoco, ni que tampoco las alianzas sirvan para cubrir la inactividad socialista y justificar su demagogia. Hay que adoptar posiciones claras y limpias. La suerte del proletariado está en juego, y ante ello todos debemos consagrarnos a la tarea de dotarle de la necesaria fuerza para no ser derrotado.

Podemos, haciendo el máximo de concesiones, explicarnos que en el período recorrido las alianzas hayan tenido un carácter desarticulado. Se trataba, en primer lugar, de ir sentando unas bases. Pero ya hemos recorrido suficiente camino, y ahora debemos aprestarnos a sentar nuevas bases. Es preciso, con toda urgencia, la celebración de una reunión común de los representantes nacionales de todas las organizaciones que integran las alianzas locales. Y que de esta reunión salga la elaboración de un pacto concreto que anule todos los existentes y que sirva de norma para la actuación futura. Es necesario, igualmente, que sobre una escala nacional se aborde inmediatamente la creación de las milicias obreras y campesinas. Hay que desarrollar en toda España una gran campaña de mítines y manifestaciones que impulse y vigorice el sentimiento del proletariado. Hay que robustecer las alianzas, hay que dotarlas de vida propia, hay que sembrar su programa y su acción por todos los rincones de la península. Pero, ante todo, porque es la condición previa de todo lo demás, el partido socialista debe ser consecuente con sus palabras. Debe poner de acuerdo las palabras de sus delegados, oradores y periodistas con su actuación diaria.

EMILIO RUIZ

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es